

## VII

### *Cartagineses*

COMO por abundantes que fueran las riquezas de España por necesidad habían de agotarse, sobre todo siendo tantos y por tan largo tiempo los explotadores, llegó un momento en que los avaros Fenicios empezaron á oprimir á los naturales, efecto propio de la humana condición, nunca satisfecha cuando la domina la codicia; por lo que irritados los Turdetanos, resolvieron arrojar de su suelo á semejantes traficantes; y con tanta bravura se portaron, que desconfiando éstos de poder resistir las terribles acometidas de los Españoles, pidieron auxilio á sus hermanos de Cartago. No desperdiciaron éstos la ocasión; que tiempo hacía que anhelaban implantar su huella en la Península y beneficiar sus tesoros; y lo hicieron de tal modo, que, sometidos los indígenas, volvieron sus armas contra los que imprudentemente los llamaran, arrojándolos para siempre de España. Primera muestra en nuestro suelo de aquella celeberrima fe púnica, perdurable modelo de perfidia.

Terminada la primera guerra púnica, en la que perdieron los Cartagineses á Córcega y Sicilia, pensaron resarcirse de semejantes descabros

conquistando la Benínsula. No tardó Amílcar Barca, el héroe de la guerra de Sicilia y feroz exterminador de los mercenarios de Cartago, á presentarse con un brillante ejército en España. Sometida Andalucía, pasa el Ebro con el propósito de llevar la guerra á Italia, y echa los cimientos de Barcelona. Pero ha llegado la hora de hacer saber á toda clase de enemigos que España no somete la cerviz á yugo alguno, y empieza esa admirable epopeya, asombro de todas las generaciones, Iliada nunca interrumpida de heroicas hazañas, de hechos gigantescos, ya aislados, ya comunes, que no bastarían á cantar todos los poetas de la humanidad, ni á narrar siquiera todos los historiadores del orbe. Istolacio, el primer héroe conocido de nuestra independencia, da la voz de alarma, y se apresta á lanzar fuera de la patria las hordas invasoras. Cierto que su generoso intento queda ahogado por las disciplinadas y aguerridas cohortes del Cartaginés; pero ni la destrucción de aquellos generosos adalides, ni el suplicio del héroe, son parte á detener el movimiento ya iniciado; y al alzamiento de los Tartesios y Célticos del Cuneo, sigue el de los Lusitanos y Vettones, acaudillados por Yndortes, quien paga igualmente con la vida su heroísmo. Al ataque franco y leal, intrépido y fogoso, de los Españoles, sigue la astucia, y Orissón, jefe de los Celtíberos, derrota, por medio de ingeniosa estratagema, al ejército africano, con muerte de



su valiente general. Primer eslabón de esa portentosa cadena de victorias que debe llenar de entusiasmo el pecho de todos los hijos amantes de su venerada Patria.

Ya no se atreve Asdrúbal á medir sus armas con las españolas, viéndose obligado á sentar treguas; pero el suplicio de un celtíbero le costó la vida, después de haber fundado la nueva Cartago. Métese Aníbal, el gran general de los antiguos tiempos, por el interior, que no había visto todavía insignias extranjeras, y gracias á la sorpresa, somete las tribus Celtíberas que encuentra al paso; pero á su vuelta sufre las terribles acometidas de los Olcadas y Carpetanos, quienes llegan á desorganizarle parte de su ejército. El vencedor firma paces con sus enemigos; y reconociendo las portentosas dotes de valor y arrojo de los Españoles, los admite en sus filas, orgulloso de mandar soldados tan valientes, que ya habían llenado de terror á los Romanos en la guerra de Sicilia; y una vez realizada la horrible tragedia de Sagunto, los conduce, por caminos ignorados, á llenar de luto y desolación á la misma Roma. Desde entonces los que debían ser conquistados tratan de potencia á potencia con los que debían ser sus conquistadores; por lo que, comprendiendo los Romanos el provecho que podían sacar de nuestro suelo, utilizando las mismas armas que sus terribles enemigos, preséntanse como protectores de los Españoles, y con

la ayuda de éstos acaban por lanzar de España á los Cartagineses. Mas no faltó quien descubriera el juego, que no en vano la astucia africana y su insigne mala fe habían abierto los ojos á los valientes indígenas; y los caudillos ilergetas Indívil y Mandonio gritaban con razón: *¿Qué necesidad tenemos de extraños auxiliares? Tan pérfidos son los Romanos como los Cartagineses. Unos y otros vienen á quitarnos nuestra libertad y á robarnos nuestros bienes. Antes morir que someternos á vergonzosa servidumbre.* Pero sus voces generosas fueron desoídas, que el funesto aislamiento en que vivían los Españoles no podía producir distinto resultado, y ellos fueron vencidos, ¡con ayuda de sus hermanos! Razón de sobra tenían; y la horrible destrucción de Estepa, á pesar de la mentida y calculada generosidad de Escipión, vino á confirmarla. Vuelven á levantarse aquellos generosos caudillos á la falsa nueva de la muerte de Escipión, pero abandonados otra vez por sus compatriotas, son derrotados de nuevo y obligados á someterse.



## VIII

*Romanos*

RICA presa tenían entre manos los orgullosos dominadores del mundo, pero cara, muy cara, les había de costar su posesión. Doscientos años de sangrientas guerras han podido decir de España con justicia que fué el primer país invadido y el último conquistado. Cierto que con la dominación romana ganó mucho la Península, pues asimilóse por completo la civilización del pueblo-rey; y hasta tal punto llenóse la medida, que rebosó é inundó á la misma madre, á la que debía su cultura, facilitando admirablemente semejante asimilación la rápida y sólida propagación del Cristianismo en nuestro suelo; pero no es menos cierto que tan brillante resultado se obtuvo merced á infamias, villanías, extorsiones y calamidades sin cuento, costándonos la pérdida de nuestra nacionalidad, ó retrasándola, al menos, muchos siglos, á causa del profundo aislamiento en que, desde tiempo inmemorial, vivían los Españoles, lo que produjo tantas y tantas invasiones y la pérdida de su libertad. Si los Iberos, dice Estrobón, hubieran reunido sus esfuerzos para defender su independencia, ni los Cartagineses, ni los Fenicios, ni los Celtas, hu-

bieran podido subyugar la mayor parte de España. No faltaron, como hemos visto, corazones magnánimos que supieran sacrificarse por la independencia de la patria, ni espíritus perspicaces que comprendieran la artera política romana; pero causas poderosísimas, que ellos no eran capaces de vencer, esterilizaron sus heroicos esfuerzos. Sin embargo, así que comprendieron la pérvida jugada, se aprestaron, por lo menos, á vender cara su idolatrada libertad, siendo los dos príncipes hermanos, Indivil y Mandonio, tantas veces vencidos, pero siempre indomables, los primeros que se levantaron, arrojados los Cartagineses, contra sus crueles vencedores.

Dividida España en Citerior y Ulterior, empieza esa larga y vergonzosa serie de Pretores, Cónsules y Procónsules, los déspotas más infames, avaros, venales y corrompidos que han ultrajado la dignidad humana, en tal grado que, excepto uno, el nobilísimo Sempronio Graco, cualquiera de los otros bastaría á deshonar para siempre al pueblo que representaba; pues el más severo y rígido de todos, aquel en quien personifican muchos las austeras virtudes romanas, el varón incorruptible y justo, Catón el Censor, tenía el alma tan repleta de crueldad, que, en el cortísimo plazo de un año, aniquiló cuatrocientas poblaciones que luchaban por su independencia; pero no era empresa tan fácil destruir el generoso aliento de los Españoles. Rugían de ven-



ganza cuantos conocían el odiado nombre romano. Nada les importaban sus haciendas ni sus vidas; era necesario exterminar para siempre al verdugo que hollaba sus derechos; cuantos sacrificios fueran imaginables estaban dispuestos á llevar á cabo; nadie hablaba de peligros; la ira corría parejas con la intrepidez, el valor con la constancia; sucedíanse las derrotas sin tregua ni descanso; pero los vencedores no dominaban más terreno que el que cubrían sus campamentos; apenas sometían un pueblo, cuando ya tenían ciento en rebelión. Seguía infamia tras infamia, crueldad tras crueldad, perfidia tras perfidia. Los inmundos depredadores compraban al Senado envilecido su culpable absolución con el dinero que robaban á los Españoles: que la corrupción había llegado en la austera Roma á un grado inconcebible, como que había ido creciendo, y creciendo, con el tiempo, el poder y las riquezas, hasta el punto de merecer aquel sangriento apóstrofe de Jugurta: *Ciudad venal, te venderías, si encontraras comprador*. Pero tantos y tan terribles fueron sus dolorosos desastres, tan buena cuenta sabían dar los Españoles de sus pérfidos tiranos, que llegó un momento en que, llenos de terror los altivos dominadores de la tierra, no había quien se atreviera á alistarse en las banderas que debían proseguir la guerra de España, considerada ya como sepultura de las legiones.

## IX

*Viriato*

ENTONCES apareció ese héroe lusitano, á quien, ya que no supieron vencer, se contentaron con deshorrar, acabando por asesinarlo. Pero los historiadores romanos no pudieron menos de hacer justicia al que llamaban *dux latronum*, reconociendo en él todas las virtudes de un perfecto general, que supo organizar, con bandas indisciplinadas, un ejército aguerrido. El Rómulo de España, dice Floro, que podría haber sido, si le hubiese ayudado la fortuna, y si la sangre del héroe, añadimos nosotros, villanamente derramada, no hubiera salpicado y cubierto de infamia las águilas romanas. Con Viriato adquirió ya España cierta personalidad propia. La idea de patria, de una patria común, se hace más clara y distinta, se precisa, se purifica. Hasta entonces sólo había habido movimientos aislados, locales, sin orden ni concierto, imponentes á veces, pero fáciles de dominar por la desunión, falta de táctica y denodado arrojo de los Españoles, que ofrecía á los Romanos la ocasión, no sólo de vencer, sino de exterminar. Las fuerzas vivas de la nación, sus inagotables riquezas, la indomable energía de sus hijos y su valor desinteresado y sin rival, habían hecho poderosos y temibles á



dos pueblos, y contribuído en gran manera al triunfo del Romano, que con tan indigna ingratitud pagaba sus inapreciables sacrificios. Por rudos é ignorantes que fueran los Españoles, debieron hacerse justo cargo de su situación, y comprender que los que, aislados, tenían constantemente en jaque el terrible poder de Roma, unidos, bastarían, no sólo á asegurar su independencia, sino hasta á poner en grave aprieto la de sus feroces enemigos. Por lo menos, la guerra de Viriato demostró esto mismo, pues él supo unir muchas voluntades y lanzarlas, cual formidable ariete, contra el común enemigo, que le apellidaba ya *terror de Roma*; y si la unión no fué completa, debióse, más que al carácter de los Españoles, tan bien hallados con su vida de aislamiento, al desfallecimiento natural que producen los continuos desastres, y sobre todo á la astuta política romana, que procuraba dominar á sus enemigos, más que con las armas, con la calculada distribución de sus preciados privilegios. Muchas ciudades de España eran ya colonias romanas, en las que no podían hallar eco las voces del patriotismo ni las de libertad é independencia, puesto que ellas eran libres é independientes, casi tanto como Roma. Así iba sucediendo al antiguo retraimiento de los Españoles una nueva especie de división, si más preciada, noble y culta, no menos estéril, enervante y contraria á sus verdaderos intereses y al espíritu de nacionalidad.

## X

*Numancia*

EJEMPLO elocuentísimo de lo que decimos nos ofrece la guerra de Numancia. Ocho años desafió impávida esta heroica ciudad todo el poder de Roma. Al rededor de sus muros encontraban sepultura las legiones. Los veteranos de todos los países venían aquí á morir sin gloria; sus más renombrados generales, á cubrirse de oprobio y de vergüenza. Los orgullosos ciudadanos no se atrevían á pronunciar su nombre, que pesaba sobre Roma como losa de sepulcro. Una sola ciudad de ocho mil escasos habitantes, sin otros muros que los que le podían ofrecer los pechos de sus guerreros, consumía todos los recursos de la señora del mundo. Pompeyo, Popilio Lenas, Mancino y otros, después de apurar su ingenio, vense obligados á confesar su impotencia, á mancillar la gloria de la República y á insultar su orgullo, firmando tratados deshonorosos. Fué necesario enviar para reducirla, con inaudito aparato militar, al destructor de Cartago. La Historia no nos ofrece caso igual. Sin embargo, el portentoso sacrificio de Numancia fué estéril. España ni siquiera la acompañó en su duelo. A ella sólo pertenece su gloria, por más que



el levantado espíritu y generoso heroísmo de sus valientes defensores alienta en todos los pechos que se precian de españoles: testigos Sagunto, Éstepa, Tarifa, Gerona, Zaragoza, que abarcan entre sus brazos toda la Península.

## XI

*Sertorio*

SERTORIO acabó de dar el golpe de gracia á la independencia española. En su odio á Roma, no comprendieron los Españoles que hacían el juego á un romano. Por ningún precio del mundo hubiera el teniente de Mario abdicado su nacionalidad. Su triunfo no hubiera producido á España otro beneficio que el de cambiar de dueño. Así lo comprendieron muchos, y de aquí el disgusto que empezaba á notarse en los Españoles. Romanos eran los Senadores de Evora en su inmensa mayoría, y romano el carácter de la escuela superior de Huesca, y prenda de seguridad para el general romano. La mayor vanagloria de Sertorio consistía en haber hecho de España otra Roma. Considerada la cuestión desde este punto de vista, merece muchos plácemes; pero no cabe duda de que gastó los recursos y las fuerzas de España en provecho de una idea política que podía tener muy sin cuidado á los Españoles.



## XII

### *Completa sumisión de España al poder romano*

SIN embargo, desde este momento veremos á los grandes hombres, que se disputan el dominio de la República, contar con España, como gran potencia, para la realización de sus propósitos. El principal campo de la guerra civil será España: de aquí saca César, primeramente su título de *imperator* y grandes riquezas que le sirven de pedestal para subir á la cumbre y realizar los sueños de su ambición; después sale, cubierta la frente con la aureola de la inmortalidad, con la satisfacción de ver á sus envilecidos conciudadanos arrastrarse á los pies del *Dios invencible*: aquí comienza su carrera; aquí la termina. Otra vez la sangre y los tesoros de España derramados en provecho de sus enemigos. Pero la obra lenta y trabajosa de la civilización adelanta: al odio contra Roma va sucediendo la envidia por sus privilegios; los hijos de España anhelan alcanzar títulos de ciudadanos romanos; muchos españoles visten la toga: multitud de colonias cubren el fértil suelo de la Patria. Ya no hay levantamientos; que basta un átomo de justicia para calmar la indomable altivez española. La unidad, aquella unidad en la variedad, ley gene-

ral de la naturaleza, productora de incalculables beneficios y sorprendentes fenómenos, tan necesaria y digna de estima, como poco apreciable por los Españoles, va á construirse. No tendrá vida propia, será ficticia, si se quiere, pero el paso dado por Augusto es gigantesco: ha empezado el movimiento, y, aunque lento, llegará á su término; que la vida de las naciones no es flor de un día, ni la Providencia divina sufre impaciencias. Y así como las añosas encinas y los cedros seculares que han de arrostrar tormentas espantosas y sobrevivir á multiplicadas generaciones, para venir á ser testigos mudos, pero elocuentes, de su grandeza y de su ruina, necesitan gran caudal de tiempo para asegurarse sólida constitución y desafiar impávidos la muerte; del mismo modo, los pueblos á quienes el Todopoderoso ha señalado grandes misiones que cumplir, y empresas nobilísimas que llevar á cabo, y poderosa y decisiva influencia en los destinos de la humanidad, necesitan prepararse con largos períodos de abstinencia, y sufrir pruebas durísimas que pongan de manifiesto el firme temple de su alma, para estar dispuestos, cuando llegue el momento oportuno, á obedecer con eficacia á la voz que los dirige. Hemos visto á nuestra patria agitarse frenética, como león entre cadenas, por espacio de quinientos años para deshacerse de las férreas ligaduras que le impedían gozar del aura regeneradora de libertad, el sentimiento más no-



ble y elevado que el Hacedor Supremo infundió en el corazón del hombre; mas ahora el indómito león ibero descansa cubierto de gloriosas heridas, restañando la sangre que de ellas mana, para cobrar nuevo aliento y aprestarse de nuevo á las batallas que ha de reñir aún: sólo un espíritu superior ha podido dominarlo; espíritu de paz y de concordia, de sólida cultura, de progreso, de perfeccionamiento. Cierto que todavía queda por dominar un pueblo altivo y noble como ninguno, que ha salvado los siglos puro y sin mancilla, transmitiendo á la posteridad íntegros y sin mancha alguna los rasgos primitivos que modelaron su carácter admirable, el cual armonízase por manera maravillosa con el imponente y magnífico espectáculo de una naturaleza privilegiada y sin rival. Sus viviendas, colgadas, como los nidos de las águilas, en lo más abrupto de sus peñas, le enseñan á mirar cara á cara el firmamento y sentir en el fondo de su alma el soberano impulso que lo rige; aquellos insondables precipicios, elocuentes imágenes de misterioso porvenir, vigorizan su espíritu, afirmando su inquebrantable fe, y enardecendo su corazón para reñir los tremendos combates de la vida; la majestuosa impavidez de sus montañas, á la par que presta á su ánimo varonil la intrépida energía necesaria para arrojarse sin vacilar á los peligros más temibles, infunde en su corazón aquella sublime inmovilidad de afectos, atributo el más

preciado de carácter, prenda segura de la veneración que sienten por sus sagradas y venerandas tradiciones. Así, mientras Augusto era dueño del mundo, y los Iberos y Celtíberos fundían su carácter al calor de las instituciones romanas, aceptando sus costumbres y su religión, los Celtas de pura raza apenas si conocían el nombre romano, debiendo costarle al señor de la tierra supremos esfuerzos su dominación.

Pero ya era hora, que en el humilde retiro de Belén aparecía, cual astro radiante y purísimo, el nuevo Sol de verdad, que había de desterrar para siempre de las inteligencias de los hombres las tinieblas del error; y España entera debía estar, y estaba ya, dispuesta á recibir la fecunda semilla, productora de espontánea, espléndida y vigorosa vegetación, cuyo perfumado aroma debía embalsamar dilatadas regiones del orbe y llenarlas de codiciados frutos.



### XIII

#### *Estado social y político*

A la antigua división de España en Citerior y Ulterior, sustituyó la de Augusto en Tarraconense, Bética y Lusitania. Otón incorporó á la Bética el Africa llamada Tingitana, y Constantino hizo de la Península una diócesis de la prefectura de las Galias. Primeramente, las provincias, divididas en senatoriales é imperiales, eran gobernadas respectivamente por procónsules anuales, sin poder militar, y por legados (*Cæsaris propretores*). Más tarde las diócesis fueron gobernadas por vicarios, y las provincias por procónsules ó presidentes. Fué dividida España en seis provincias: Galaica, Lusitana, Bética, Tingitana, Cartaginense y Tarraconense. Existió además otra división para la administración de Justien cai conventos jurídicos: el gobierno militar estaba en manos de los condes. Las ciudades se dividían en colonias; municipios; de derecho latino, libres, aliadas y tributarias: pero Otón concedió á gran número de Españoles el derecho romano; Vespasiano, el latino á las ciudades que no lo tenían, y Caracalla declaró ciudadanos romanos á todos los súbditos del Imperio. España, que según los censos romanos tenía doble población que hoy día, contaba gran número de ciudades,

trescientas noventa y nueve, según Plinio. Como Roma acabó por contentarse con sólo los tributos, surgió la vida municipal al calor de una libertad casi ilimitada. Cada ciudad era una especie de república, que se gobernaba ordinariamente por una curia de diez miembros. El cargo de decurión era gratuito, y llegó á hacerse tan pesado y oneroso con el tiempo, que muchos preferían la esclavitud á la insoportable obligación de responder de los impuestos. La población estaba dividida en señores, colonos libres, siervos pegados al terruño, como las ostras á las peñas, y esclavos. Los campos se daban en arriendo por cinco años á los colonos libres, pero éstos escasearon con el tiempo por las monstruosas oscilaciones de la riqueza pública, y entonces adoptóse la costumbre de convertir en colono servil al esclavo; paso gigantesco para la abolición de la esclavitud, pero que produjo un resultado contraproducente por la gran desproporcion entre pobres y ricos, y que determinó el sistema de vender al colono con el terreno que cultivaba, ni más ni menos que si fueran mulos de reata, á fin de impedir que dejasen sin cultivo los campos. Los impuestos eran de todo punto exorbitantes: todos los tesoros del mundo no bastaban á saciar el ansia febril de lujo y de placeres de la corrompida nobleza romana y el hambre voraz del pueblo-rey, que gritaba sin cesar. *Panes et circenses*. España, como provincia nutriz, estaba obligada á